

R.L.W.: Puede ser que la perversidad de "la onda" viene de Vargas Vila...

J.A.: No, de Gabriel Vargas el de *La familia Burrón*. Pero mira, en ese sentido, yo mismo soy como un reflejo de la subestimación y el mal entendimiento que tenemos de Vargas Vila, creo que solamente García Márquez se dedica a hablar de él, y le da cierta importancia, porque él lo ve desde dentro.

R.L.W.: Era un gran intelectual en su época ¿no?

J.A.: Sí, y sobre todo fue de esos intelectuales que lograron tener una presencia, como Amado Nervo en México, que también fue un mito tremendo, que ahora todos los intelectuales lo ven como caca, porque es un poeta menor, pero que no se puede hacer a un lado la presencia de versos muy felices de parte de él, y de la presencia pública que tuvo. Y bueno, ya en un terreno mucho más honorable, gentes como Martí o Rubén Darío, amigos de Vargas Vila además.

Entrevista a Marco Tulio Aguilera Garramuño

Maria Luisa Hernández
Xalapa, México, 1987

Marco T. Aguilera Garramuño nació en Bogotá el 27 de febrero de 1949. Licenciado en Filosofía en la Universidad del Valle, con una maestría otorgada por la Universidad de Kansas en Lawrence, ha vivido dando guerra en Colombia, Costa Rica, Estados Unidos y México.

Autor de *Breve historia de todas las cosas* (1975), que le valió el premio Aquileo J. Echeverría —el más importante en novela que se otorga en Costa Rica—; de *Cuentos para después de hacer el amor* (1983); con tres ediciones posteriores en México y una en Colombia; *Leega Literaria* y *La Oveja Negra* respectivamente; libro que incluye cuentos premiados en México y Colombia, autor también de la novela *Paraísos hostiles* (*Leega Literaria*, México, 1985), que recibió mención especial en el premio Nacional de Novela del Instituto Nacional de Bellas Artes en México en 1981; y de,

last but not known la novela *Venturas y desventuras de un frenáptero*, que sólo conocen los habitantes de Jalapa, pues fue publicada por entregas en un diario local, de circulación restringida.

La entrevista se realiza en el cubículo del profesor Mario Muñoz —a quien Aguilera Garramuño "el profesor", sustituye durante un semestre—, en la Facultad de Letras de la Universidad Veracruzana.

M.L.H.: En cuanto a tu primera novela, *Breve historia de todas las cosas*, que despertó sin lugar a dudas las más variadas opiniones y polémicas en torno a un joven escritor salido de Colombia, donde existía —existe— la gran vaca sagrada que es García Márquez, con quien se te comparó desde el principio, incluso diciendo que era una novela de corte macondiano, ha habido una especie de malentendido, una nube de crítica que se ha extendido al resto de tu producción. Hay quienes opinan que tu intención no es otra que imitar a García Márquez. ¿Qué opinas de eso?

A.G.: Cualquier persona que haya leído no sólo la *Breve historia*... sino mis dos libros posteriores (*Paraísos hostiles* y *Cuentos para después de hacer el amor*) podrá darse cuenta de que yo imito tanto a García Márquez como éste imita, digamos a Halldor Laxness o a los anónimos narradores de *Las mil y una noches*. No quiero emprender una defensa inútil y estúpida por cierto, de mis libros, sino que remito a los Obsecuentes Adoradores de G.M. a la lectura de mis obras y, si les interesa, a conocer las opiniones de lectores tan autorizados como Germán Vargas (quien ha defendido mi obra en Costa Rica y en Colombia ha calificado a *Breve historia* como una de las mejores novelas colombianas de la década pasada), John Brushwood (quien la incluyó encomiásticamente en su obra *La novela hispanoamericana del siglo XX*), Raymond Williams, Jairo Mercado, Gustavo Alvarez, Wolfgang Luchting, Jorge Ruffinelli, Mempo Giardinelli... incluso el mismo García Márquez ha manifestado su entusiasmo por la novela y luego por los cuentos. El fue quien recomendó la publicación de *Cuentos*... en *La Oveja Negra*. Lo que pasa con quienes insisten en colocarme bajo la sombra de G.G.M. es que no soportan las bromas que he hecho aquí y allá: en entrevistas he dicho que García Márquez es un cáncer, un escritor menor, un autor de cuentos de hadas, un escritor prelógico y he agregado que en Latinoamérica sólo considero que exista un igual, un semejante: Borges. En lugar de leer las entrevistas que me han hecho como bromas o provocaciones, las han leído literalmente. Por eso me detestan. No entienden que mis inventos, mis imprecaciones, son formas de

enfrentarme al mito con un contramito y que la lucha por imponer mi literatura como un producto digno de leerse, tiene que buscar armas ofensivas diferentes, violentas, puesto que García Márquez ha acaparado todos los canales normales de difusión de las obras colombianas del presente siglo. Los españoles, por ejemplo, no les perdonarán jamás a los hispanoamericanos que les hayan enseñado a escribir literatura en este siglo: ellos no quieren correr el riesgo de publicar a otro García Márquez, Vargas Llosa o Donoso. Los editores españoles no quieren saber nada de los escritores nuevos de este lado del mar, mucho menos los lectores, que buscan desesperadamente un autor vernáculo, que saque la cara por ellos.

M.L.H.: ¿Hasta qué punto te afecta esta continua comparación y en qué medida reconoces la influencia?

A.G.: Al principio me gustaba una cantidad que cada vez que apareciera mi nombre, pusieran al lado el de García Márquez (el primer editor, en Buenos Aires, usó en la contracarátula una serie de postulados graciosos que sirvieron de gancho comercial; algo así como "nos gusta más Aguilera G. que G. Márquez", etc.), luego el asunto me irritó, hasta el extremo de volverme agresivo la primera vez que tuve la oportunidad de hablar con G.M. Pasado el tiempo, con el sosiego que traen los años y con algunos nuevos encuentros con García Márquez, tal vez también con la tranquilidad que suministra un trabajo literario disciplinado y orgulloso que me ha dado dos libros más de los cuales me siento satisfecho, he encontrado un equilibrio: manifiesto mi aprecio por la persona de García Márquez, mi gozo al leer sus libros y la sana envidia que me ocasiona el saber que yo tengo que tener dos o tres chambas para sobrevivir, mientras él podría recluirse en una isla griega el resto de su vida a dorarse el augusto ombligo.

M.L.H.: Pasando a otro tema: en México se te conoce, sobre todo, por Cuentos para después de hacer el amor. Veo en este libro una cantidad enorme de temas, todos unidos por el amor: la unión de seres heterogéneos, las posibilidades de los cuerpos masculino y femenino, la búsqueda de emociones auténticas, el placer definitivo de la muerte, el hacedor de historias que es incapaz de amar o de crear sus propias historias, el amor como sentimiento animal y la soledad como sentimiento humano, y todos estos temas que podrían resumirse en uno, enunciados con fórmulas irreverentes y mordaces, a veces pesimistas y en ocasiones luminosas. Veo también que hay semejanzas con tu novela Paraisos hostiles en el hecho de que en el fondo de

todas las historias hay un substrato de soledad, la certidumbre quizá de entrar en contacto con entes que están tremendamente solos, ansiosos de llegar a realizar sus más secretos, acaso inconfesables, deseos. Todos o casi todos tus personajes son algo así como, digamos, monstruos o tiernas criaturas sensuales. La búsqueda del amor o la compañía parecen ser las más grandes hazañas que puedan emprender. En cuanto a las diferencias, encuentro que en los Cuentos para después de hacer el amor están cargados con una atmósfera de comedia, de sátira; en ellos hay mordacidad y también sutileza, perversidad y una honrada búsqueda del sentido de la vida y del amor, pero con alegría, mientras que en Paraisos hostiles la atmósfera es opresora, la lectura llega ahora, a aburrir, pero sin dejar de ser apasionante. ¿Qué sensaciones más raras produce esa novela y qué gran diferencia con las reacciones que suscita el libro de cuentos?

A.G.: Bueno. Eso no fue una pregunta (risa), sino un ensayo, al que podría responderle con otro, que prefiero omitir. Sólo dire que los cuentos fueron escritos durante diez años y muchos de ellos estuvieron basados en experiencias amorosas reales; la novela fue el resultado de la época más miserable y deprimente de mi vida, que correspondió a los primeros seis meses de mi estancia en la ciudad de Monterrey; de mi muy personal infierno; es por ello que *Paraisos hostiles* se sale de mi estilo dominante, que es alegre, mordaz, violento, feliz, implacable, burlescamente erudito. Pero pronto vendrán un par de novelas que corresponden al desarrollo de mi veta esencial. Ya están escritas y una de ellas, *Mujeres amadas*, aparecerá a fines del 87.

M.L.H.: ¿En dónde aparecera?

A.G.: En México.

M.L.H.: Retornemos a Paraisos hostiles. Es evidente que en esta novela hay una referencia directa a una casa de huéspedes. Pero apenas se inicia el texto, la fábula se dispara y nos ofrece un mundo, un universo completo, en el que cada rincón encierra una forma absurda o grotesca o extremista de vida. Es un mundo que rompe una y otra vez las barreras de la vigilia, de lo real objetivo, de lo concreto y palpable. El lector que se deje poseer por el maremagnum de historias podrá llegar a alienarse, a marearse, a sentirse prisionero de ese caos tan minuciosamente descrito en tan pocas páginas. Es una novela muy extraña, repulsiva y apasionante a la vez, como señalara Francesca Gargallo. Pero (y es que nunca faltan los peros), hay quien critica esa obra porque afirma que en el fondo no hay nada definitivo, una verdad, un mensaje.

A.G.: Si hay algo definitivo: es un axioma que he colocado como frase final. Es la Gran Verdad que surge de ese enorme y complicado silogismo que quise fuera *Paraísos hostiles*: "No hay más ley que la guerra ni otro consuelo que el amor. Así es la vida". Y a ver quién refuta mi silogismo, *fundamentum inconsumptum veritatis*.

M.L.H.: *Este tipo de afirmaciones lapidarias es el que te ha granjeado enemigos.*

A.G.: Sólo digo esto: quienes me conocen me aman; quienes me leen con el corazón limpio de flemas espirituales me aprecian. Es fácil persuadirse de esto. Basta preguntar. Basta leer.

M.L.H.: *Como alumna tuya, como víctima a veces de tus clases y observadora privilegiada de tu obra en marcha, he asistido a las lecturas de las novelas o cuentos que tienes en proceso. He notado —y han notado algunas de mis compañeras con*

escándalo y rubor— que en Mujeres amadas y en el cuento más reciente "La noche de Aquiles y Virginia", coqueteas con los límites que existen entre el erotismo y la pornografía. Ya en Cuentos para después de hacer el amor había un marcado sabor garramuñesco en el tratamiento de tus temas: desfachatez, irreverencia, juego, vulgaridad a veces, ternura en ocasiones, poesía suavizada por la ironía y en el fondo un trabajo disciplinado con el lenguaje y las ideas. Pero en los últimos textos que anoté arriba, parece que ya rebasaste el límite y entraste en la franca pornografía.

A.G.: ¿Te gusto el cuento?

M.L.H.: *Sí. Me hizo ruborizar pero me gustó, lo confieso.*

A.G.: Entonces no es pornografía sino escritura sagrada. Mi idea básica allí fue nombrar lo innombrable haciéndolo doméstico y disfrutable: algo así como pornografía doméstica.

THESAVRVS

Boletín del Instituto Caro y Cuervo

*Publicación de Filología, Lingüística
y Crítica Literaria, especialmente sobre
Lengua española, Literatura española
e hispanoamericana.*

Director
José Manuel Rivas Sacconi

Encargado
Ismael Enrique Delgado Téllez

Precio

<i>Suscripción anual, Colombia:</i>	\$ 1.500.00	<i>Número suelto, Colombia:</i>	\$ 600.00
<i>Suscripción anual, Exterior:</i>	US\$ 25.00	<i>Número suelto, Exterior:</i>	US\$ 9.00

THESAVRVS

Tomos y números atrasadas: se cobran
al doble.
Correspondencia y canjes:

Instituto Caro y Cuervo,
Apartado Aéreo 51502,
Bogotá, Colombia